



EL ENIGMA DEL TRECE

Ilustraciones de Mikko

loqueleq

A mi madre Amaya y a mi abuelo Álvaro.



La cuesta se desplegaba ante ellos como un tobogán de asfalto y acababa cincuenta metros más abajo, en un pasillito de arena, antes de una pared blanca. A un lado y a otro, árboles plantados sin orden aparente, con el amarillo pidiendo paso al verde en las hojas. El viento de septiembre había espantado las nubes en el cielo, y se le oía silbar entre los castaños y los plátanos de sombra.

Amaya y Nando miraban hacia el final de la cuesta, tan concentrados que parecían estatuas con camisetas de manga corta.

Él fue el primero en moverse después de un buen rato.

—Todavía puedes rendirte.

Resoplido.

—Tú alucinas.

Hombro con hombro como estaban, Amaya tenía que bajar un poco la vista para mirarle a la cara. Los dos eran atléticos, de piernas largas, pero ese verano ella había dado otro

estirón y a sus doce años recién cumplidos ya era la más alta de la clase.

—No tienes nada que hacer —insistió Nando.

—Te voy a machacar, chaval.

—De verdad, es mejor que te rindas.

8 Como siempre que sonreía, los ojos negros de Nando se habían convertido en dos rendijas, y los dientes resaltaban blancos contra la piel oscura.

Esta vez, Amaya no respondió. Era parte del juego: ya le respondería luego, cuando le hiciera tragarse esas palabras.

Barrió la arena del suelo con el lateral de la zapatilla blanca y se recogió de cualquier manera el pelo rubio y rizado para que no molestase. Se agachó y se tumbó boca abajo encima del *skate*.

Nando se colocó detrás y la sujetó por los tobillos, listo para darle impulso.

—Cinco segundos, ¿eh?

Ese era el récord histórico de bajada. Nando era su mejor amigo y el dueño del récord desde antes de ayer.

Amaya se encogió todo lo que pudo y metió las manos debajo de la tabla.

—Tú no hagas trampas y empuja —contestó sin girar la cabeza.

Lo dijo por decir: Nando no sabía hacer trampas, no hacía trampas en la vida. Ni siquiera sabía mentir sin ponerse nervioso, como si creyese que todo el mundo era capaz de leerle la mente.

—¿Eh, cuánto queda? —Ya empezaban los nervios, siempre le pasaba antes de competir, luego se le olvidaba.

Notó que Nando le soltaba el pie izquierdo y supo que estaba mirando el reloj digital con la correa roja que le regalaron por su penúltimo cumpleaños. Lo llevaba siempre, aunque no le hacía falta porque adivinaba la hora como si le hubiera crecido un reloj por dentro de las costillas.

—Ya casi —dijo mientras volvía a sujetar el pie de Amaya.

El colegio Príncipe de Asturias se encontraba en lo alto de una pequeña pendiente en mitad de ningún sitio, como si una mañana cualquiera hubiese aparecido allí por casualidad con sus tres edificios de dos pisos con paredes de ladrillo, sus canchas de deporte, la zona de tierra detrás del bloque de los mayores y esa cuesta al fondo del patio, que era casi perfecta para competir.

Sería perfecta del todo si en vez de asfalto fuera de hielo.

El último invierno llevaron botellas de agua para regarla antes de entrar a clase, y a la hora del recreo ya estaba helada. Todo fue bien hasta que Pedro, el conserje, se resbaló y estuvo a punto de romperse la pierna.

Él no se enfadó, porque no se enfadaba nunca y menos con ellos, pero la directora Lola les dijo que si llega a romperse, les habría hecho llevarle a casa todos los días a la sillita la reina.

Concentración.

10 Para coger velocidad en una bajada, lo mejor era cerrar los ojos. Amaya ya los tenía cerrados, pero los abrió un segundo y se fijó en la cuesta.

La línea de meta era una raya de tiza en el suelo, un poco antes de llegar a la pared blanca de la casa del conserje. Encima de la raya habían colocado ya una línea de arena y chinás. El truco estaba en frenar nada más notar el bache.

Tenía el tiempo justo para apoyar los codos en la tabla, levantar el cuerpo, bajar los pies, hacer freno con las zapatillas y girarse, pero, de todos modos, el que bajaba siempre acababa rodando.

—¿Preparada?

La voz de Nando tapó el resto de los ruidos del patio: las voces de los que jugaban al fútbol, el grito aislado de unas chicas a la derecha y hasta el sonido de las cotorras, que habían invadido la zona y cotorreaban en las ramas, atentas al duelo.

Amaya cerró los ojos y contó mientras Nando lo hacía también en voz alta:

—Tres..., dos..., uno...



Sintió el empujón justo cuando sonaba el primer aviso del timbre, como cada mañana a las nueve menos dos minutos en punto.

Las manos la acompañaron medio segundo y luego la soltaron, aunque sabía que Nando iba corriendo detrás de ella, a zancadas, dejándose ir como cuando superaban la meta en las pruebas de atletismo del club.

12 —¡Izquierdaaaa! —le oía gritar cada vez más lejos.

Conocía el recorrido y no le hizo caso.

Notaba el roce de las ruedas contra el suelo y el aire en los lados.

Dos segundos.

«¡Encógete, encógete!», pensaba.

Se agarró más fuerte, pegó la tripa a la tabla.

¡Más rápido!

El *skate* se ladeó hacia la derecha, y compensó con el cuerpo sin abrir los ojos.

—¡Frena! —Nando voceaba a media cuesta, y Amaya sonrió porque supo que estaba a punto de reventar su récord—.

¡Frenaaa!

Cuatro segundos.

Notó el cambio en las ruedas, el bache de la línea de meta.

Codos a la tabla.

Cuerpo arriba.

Pies frenando contra el suelo.

—¡Es récord! —gritó.

Abrió los ojos una décima de segundo antes de salir rodando del *skate*, raspase el codo contra el suelo y arrollar a un hombre con cejas disparadas hacia arriba y barbita rubia, que cayó a cámara lenta en un mortal hacia delante.



14 —Amaya Valdemoro Madariaga.

La directora del colegio se quedó callada y la miró por encima de las gafas de pasta negras, como si esperara que se lo confirmase, así que Amaya asintió con la cabeza y no apartó los ojos.

Sabía que si la llamaban por su nombre completo, venían problemas.

—¿Cuánto tiempo llevas en este centro?

Echó cuentas, mientras la dire Lola aguardaba pacientemente.

—Todo el tiempo.

Era la respuesta más sincera que podía darle, porque ni se acordaba de cuando era tan pequeña que no tenía que coger el autobús del colegio para ir a clase. Hasta donde ella sabía, puede que ese tiempo ni siquiera hubiese existido.

—¿Y cuántas veces os he dicho que no hagáis el bárbaro de esta manera?

—Muchas. —Amaya no dio un número, porque no habría podido calcularlo ni aunque lo pensara eternamente, pero de verdad eran muchas.

También les había dicho que no hiciesen el bestia, el cafre, el loco, el bruto, el cabra, el zote y el salvaje.

La directora se quitó las gafas, las dejó en lo alto de una de las pilas de libros de la mesa, se puso de pie y miró por el ventanal de su despacho, en el segundo piso del edificio central, hacia la lejana silueta de la Universidad Autónoma, como si fuera la tierra prometida.

—Tienes el cielo ganado, Lolita —murmuraba.

Cuando hablaba consigo misma, era mejor no participar en la charla. Amaya lo sabía, así que se centró en su brazo derecho.

En una escala del uno al diez, le escocía un nueve, y supo que se lo había despellejado, pero de todos modos lo giró y miró para asegurarse. Dos líneas rojas le cruzaban el codo. Se chupó la yema de un dedo y se dedicó a limpiarlas.

Al levantar la vista, la directora volvía a estar sentada en su silla, tapizada en verde lima. Era una mujer atractiva, con ojos claros, el pelo corto blanco y un lunar con forma de triángulo en la barbilla. A Amaya le recordaba al hada madrina de un cuento de la Cenicienta que tenía de pequeña.

—¿Qué os pasa a Ndou Sissé y a ti?

Ndou era Nando. Se llamaba así porque sus padres eran de Senegal.

Él había nacido en Madrid y ya estaba acostumbrado a que todos le llamasen Nando o Nandú, que suena parecido.

Amaya dijo que a Nando y a ella no les pasaba nada.

16 —¿Nada? El último curso casi tiráis abajo el castaño del patio, rompisteis un cristal de la conserjería y descolgasteis un tubo fluorescente del pasillo a balonazos.

En realidad, habían sido dos tubos, y Amaya dio gracias por la mala memoria de la directora.

Aparte del *skate* de esa mañana, ya les habían confiscado dos balones de baloncesto, uno de voleibol y otro de fútbol, de Silvia Navas, que además era reglamentario. El castaño seguía en su sitio.

—¿Y ahora qué? —seguía Lola—. ¿En monopatín por la cuesta, como si fuera un circuito?

Amaya sabía que no era buena idea sonreír de oreja a oreja, pero no pudo evitarlo.

—Lo he hecho en cuatro segundos. Es que Nando decía que...

—Es que nada, Amaya —la cortó la directora, aunque el tono no era de enfado—. Al final voy a tener que separaros.

—Lo siento —dijo ella—. ¿Le duele mucho?

No se lo preguntó a la dire Lola, sino al hombre con cejas disparadas hacia arriba y barba rubia, que había estado ahí todo el rato, sentado a su derecha.

—¿A ti qué te parece? —le contestó sin dejar de frotarse la rodilla.

A ella le pareció que sí.

También le pareció que las cejas le daban un aspecto de sus-
to permanente, pero eso se lo calló y volvió a decir «lo siento, señor», que era para lo que la habían llevado a ese despacho.

17

—El señor se llama Bruno Carena —le dijo la directora—, y es el presidente del nuevo club deportivo asociado.

El colegio necesitaba mejores instalaciones deportivas y había buscado un acuerdo con un club externo. Ahí fue cuando a Amaya se le olvidó el dolor del codo.

Se sentó más recta.

—¿Vamos a tener equipo de baloncesto?

Hasta ahora solo había un acuerdo con el ayuntamiento para las categorías de mayores. Los menores de catorce años que quisieran competir tenían que buscarse la vida fuera del colegio.

Bruno Carena se movió en su silla y dijo que ese año no habría equipo.

—Afianzar estructura. Blablablá. Presupuesto organizati-
vo. Blablablá. Cuota óptima de resultados. Blablablá. Índice estimado de victorias. Blablablá.

En los blablablá había otras palabras que Amaya olvidó nada más oírlas. Hasta que él dijo:

—Además, aparte de ti, no hay interés, ¿me equivoco? —Se encogió de hombros y miró a la directora, que miró a su vez a Amaya—. No podemos hacer un equipo de una sola persona.

18 —Pero no. Sí que hay más gente —respondió ella muy segura—. Montones de gente. Y somos muy buenos. —Eso lo dijo porque lo de los resultados le había ocupado al menos tres minutos—. Somos buenísimos.

—Sois buenísimos —repitió él.

La directora carraspeó y sonrió un poco, sin querer.

Amaya también sonrió:

—Buenísimos. Podríamos ganar a cualquiera.

Hala, venga.

—Muy bien. —Bruno Carena asintió con la cabeza—. Entonces, demuéstalo.

Y así fue como empezó todo.

Quedaban menos de dos semanas para la fiesta de principio de curso.

Amaya y Bruno hicieron un trato: tenían trece días para formar un equipo y ganar un partido amistoso, o podían olvidarse de competir en la liga entre colegios y cerrarle la boca a más de uno.

Esa sí era una misión a la altura de los Trugos.